

—Sí, claro —dijo George, mirando dentro de la boca de tormenta.

—¿Y un globo? Los tengo rojos, verdes, amarillos, azules...

—¿Flotan?

—¿Que si flotan? —La sonrisa del payaso se acentuó—. Oh, sí, claro que sí. ¡Flotan! También tengo algodón de azúcar...

George estiró la mano.

El payaso le sujetó el brazo.

Y entonces George vio cómo la cara del payaso cambiaba.

Lo que vio entonces fue tan terrible que lo peor que había imaginado sobre la cosa del sótano parecía un dulce sueño. Lo que vio destruyó su cordura de un zarpazo.

—Flotan —croó la cosa de la alcantarilla con una voz que reía como entre coágulos.

Sujetaba el brazo de George con su puño grueso y agusanado. Tiró de él hacia esa horrible oscuridad por donde el agua corría y rugía y aullaba llevando hacia el mar los desechos de la tormenta. George estiró el cuello para apartarse de esa negrura definitiva y empezó a gritar hacia la lluvia, a gritar como un loco hacia el gris cielo otoñal que se curvaba sobre Derry aquel día de otoño de 1957. Sus gritos eran agudos y penetrantes y a lo largo de toda la calle, la gente se asomó a las ventanas o se lanzó a los porches.

—Flotan —gruñó la cosa—, flotan, Georgie. Y cuando estés aquí abajo, conmigo, tú también flotarás.

El hombro de George se clavó contra el cemento del bordillo. Dave Gardener, que ese día no había ido a trabajar al Shoeboat debido a la inundación, vio sólo a un niño de impermeable amarillo, un niño que gritaba y se retorció en el arroyo mientras el agua lodosa le corría sobre la cara haciendo que sus alaridos sonaran burbujeantes.

—Aquí abajo todo flota —susurró esa voz podrida, riendo, y de pronto sonó un desgarró y